

LA RECONQUISTA DE CARTAGENA

Estampas de su martirio

Escribe: ALBERTO MIRAMON

En los primeros días de agosto de 1815, fondeó frente a Cartagena de Tierra Firme la amenazante escuadra de don Pablo Morillo, el pacificador. El momento que las huestes españolas escogieron para iniciar la reconquista de su antigua posesión de ultramar no podía serles más oportuno y favorable por cuanto la pugna de los dirigentes criollos y el desgobierno natural en los primeros tiempos de toda transformación social o política, ya tenían cansados a los pueblos.

El futuro Conde de Cartagena, informado de las pugnas intestinas e instruido de las desavenencias de los jefes republicanos, debió de pensar que la empresa de rendir la famosa villa de Heredia no debía demandar grandes sudores a los diez mil seiscientos cuarenta y dos veteranos peninsulares que venían bajo sus órdenes; pero no contaba con el heroísmo de aquel pueblo criollo.

Despreciadas las intimaciones de rendición que el jefe español lanzó en los primeros días, empezó un cerco estrechísimo cuya principal finalidad era privar a los defensores de todo auxilio exterior hasta rendirlos por el hambre.

Por tierra y por mar se estableció el bloqueo, dejando cerradas las vías de socorro a la ciudad que, desde luego, estaba desprovista de las municiones de boca y guerra indispensables para resistir el largo asedio.

A tiempo que las potentes baterías de a bordo descargaban sus cañones contra las fortalezas de la entrada, se ensayaban, en combinación con este ataque marítimo, asaltos al arma blanca, los que casi siempre fueron rechazados por los patriotas con pérdidas considerables para los atacantes.

Así, lenta y mortalmente, pasaron los días, completáronse meses y la miseria comenzó a extender su siniestro imperio sobre la ciudad martirizada. Terribles eran los estragos del hambre hasta el punto de superar cuanto la imaginación más lúgubre hubiera podido suponer. Las gentes perecían bien por falta de alimento o postración de fuerzas o ya por las enfermedades consiguientes a la mala calidad de la mísera ración que se proporcionaban, rancho que, al decir de los testigos, se componía de carnes

y harinas podridas, bacalao rancio, caballo y burros en detestable salmuera, perros, ratas y hasta los cueros de las correas y taburetes... “Y a pesar de tanta miseria y congoja —palabras textuales son de don Lino Pombo— durante la época del sitio, que duró cerca de cuatro meses, no se oyó a nadie hablar, por desesperación siquiera, de sometimiento a la antigua madre patria”...

No obstante tan descomunal derroche de heroísmo, llegó el momento extremo de que, no quedando esperanzas en lo humano, era imposible a los patriotas cartageneros mantenerse en sus posiciones. A miles ascendía el número de muertos sin que hubiera modo a los que quedaban con vida de dar sepultura a los cadáveres esparcidos en calles y plazas, lo que envenenaba el ambiente con los gases deletéreos de la descomposición.

Se imponía la evacuación de la plaza; aunque al principio casi todos los jefes patriotas fueron opuestos a esta idea, al llegar el mes de diciembre fue forzoso resolverse a emigrar por el mar en una triste flotilla compuesta de goletas, lanchas, cañoneras y bongos armados.

Aprovechando el buen viento los veleros de la emigración se lanzaron juntos mar adentro al caer de la tarde del día 6 de diciembre. Habían tenido que forzar primero a toda vela, bajo un fuego infernal y a quemarropa de las baterías enemigas, el terrible paso de Caño de Loro.

De más de tres mil emigrados solo llegaron con vida a las islas que tachonan el mar de las Antillas la sexta parte. “Muchos murieron víctimas de las enfermedades que ya habían contraído, de los malos tratos que les dieron sus miserables conductores o ahogados en las borrascosas aguas del Caribe que aquellas débiles embarcaciones no podían resistir: otros arrojados sobre las playas de Panamá y Centro América, en donde todavía dominaban los españoles, fueron hechos prisioneros y retornados a Cartagena para ser fusilados o sufrir cárceles y vejámenes peores aún que la muerte”...

En estos bongos miserables se salvó empero el destino de la libertad de América, pues en ellos fueron a la deriva hasta puerto seguro Piar, Sucre, Padilla, Lino de Pombo, Pedro Gual, la espada y el verbo, en fin, de la revolución libertadora.

Desocupada la plaza por los que habían tenido aliento suficiente para arrastrarse hasta la mísera flotilla, los peninsulares tomaron posesión de ella. El drama de la crueldad reconquistadora iba a comenzar, abriendo así una era sangrienta que la historia patria ha llamado con razón “*el reinado del terror*” por los excesos de las huestes de don Pablo Morillo contra los hijos de la Nueva Granada.

A tales extremos de crueldad y sevicia llegaron las tropas de Fernando VII en Cartagena de Indias que hasta el historiador más severo y grande de nuestra revolución emancipadora, don José Manuel Restrepo, se enciende al relatar esos días de crueldad inaudita:

“Al día siguiente de la ocupación de Cartagena —son sus palabras textuales— el brigadier Morales (José Tomás Morales, un canario tal vez el peor monstruo de la crueldad que registra la historia), fue destinado a

tomar posesión del Castillo de Bocachica, según lo verificó. Hizo luego publicar un bando ofreciendo seguridad y amnistía a todos los vecinos del pueblo de Bocachica y, confiados en su promesa, se le presentaron hombres sexagenarios, mujeres y niños, pescadores infelices que ninguna parte podían haber tenido en las ocurrencias políticas. Mandolos degollar en la ribera del mar, ese bárbaro azote de la humanidad, incluyendo cuatro oficiales patriotas que se habían quedado ocultos, uno de ellos el mayor Lea. Morales, durante el bloqueo, había hecho incendiar también y destruir, los edificios del hospital de San Lázaro, construido en Caño de Loro, sobre la bahía, pereciendo muchas personas de las que allí vivían. Ni los elefanciacos (leprosos) atacados de una enfermedad que inspira tanta compasión, pudieron escapar del furor de Morales sediento de sangre humana. Fue voz común que, en el silencio de la noche sacrificó después muchas otras víctimas en Cartagena, en su cuartel del Convento de la Merced; allí los ponía en cepos y sus soldados, que hacían de verdugos, los mataban a palos o hincándoles clavos en la cabeza”.

Los cuadros precedentes que solo imaginarlos ponen pavor en el alma, se completan si se tiene presente que tales atropellos se cometían contra infelices casi inválidos o, si no se olvida, que todo aquel derramamiento de sangre eran crímenes inútiles, como bien se deduce de los siguientes apartes de las “Memorias” del capitán español Rafael Sevilla, sobrino del sanguinario Enrile y actor en aquellos desgraciados sucesos.

“No era menester la amenaza —escribe Sevilla— para que los insurrectos de Cartagena entregasen sus armas, pues no podían con ellas; no eran hombres, sino esqueletos, vivos retratos de la muerte, se agarraban de las paredes para andar sin caerse, tal era el hambre horrible que habían sufrido. 22 días hacía que no comían otra cosa que cueros remojados en estanques de tenería. Mujeres que habían sido ricas y hermosas, hombres que pertenecían a lo más granado de aquel entonces opulento centro mercantil de ambos mundos, todos aquellos, sin distinción de sexos ni de clases, que podían moverse, se precipitaban empujándose y atropellándose sobre nuestros soldados, no para combatirlos, sino para registrar las mochilas, en busca de un mendrugo de pan o de algunas galletas”...

Entre las embriagueces del triunfo don Pablo Morillo y sus veteranos pudieron pensar ante el espectáculo grandioso de aquella villa ilustre incendiada por el ocaso e increpada por el mar, que habían asentado de nuevo, y de modo definitivo, el poderío de su rey sobre el continente americano: representantes de un orden de ideas perfectamente definidas, moldeados en una fe secular a la corona de Castilla, mal podían comprender aquellos hombres que todas las tiranías perecen al cabo: tan solo la idea de la libertad no sucumbe, porque no en vano con cada ser que viene al mundo nace una nueva conciencia que, tarde o temprano, reivindicará la más alta obligación del hombre, la indeclinable obligación de procurar la libertad humana.